

Cada rosa tiene su esquina

Stephanie Martínez



Capítulo 1

Mientras regresaba el que nunca se fue, mi alma suspiraba tan fuerte que creaba un eco en mis branquias generando una particular melodía. Me puse la mano en el pecho orgullosa de mi propio himno.

Cuando lo vi por primera vez sentí que los planetas se habían alineado, en un garabato. Era como un campo magnético que a medida que se acercaba me restaba cada vez más fuerza, me sentía tan sumamente minúscula, rendida y agotada que, con las manos y mi vida a la espalda, le dije: "Dispara, no apuntes, sabes que soy un objetivo fácil, siempre y cuando seas tú el que porta el arma".

Desde entonces no supe nada de él, ni de mí. Solo que al día siguiente de lo sucedido los periódicos anunciaban lo siguiente: tras un desafortunado encuentro, una chica desprende música provocando que a Viena se le caiga la cara de vergüenza y que Mozart se retuerza en su tumba al no identificar dicho instrumento de viento.

El antes y el después de aquello me marcó unas galaxias en las ojeras que desentonaban con las cortinas; y un sol que no alumbraba mi jardín, ya que, a la inversa, eran mis piedras las que rajaban al planeta.

En esa etapa de mi vida el silencio me enseñó desde cómo cortarlo con un cuchillo y hacerme un vestido con los restos, hasta cómo echar de menos sin restarme vitales en el proceso.

Tal era la nostalgia, que por las noches veía películas francesas y los monstruos de debajo de la cama salían desenmascarados para acompañarme en el sofá, los cactus se desespaban para abrazarme y luego, por la mañana, las rosas se agolpaban en mi puerta para darme el pésame con un ramo de personas.

La hora del té siempre era de vainilla, amarillo intenso, como los signos de advertencia y los tulipanes de la señora Morgue. Esta, no resultando indiferente a su generación, se inmiscuía en vidas ajenas; a veces grosera, otras, simplemente entrañable.

Todas las mañanas me observaba cruzando la calle en rojo, sabía que me molestaba más ver una bici en la carretera que acabar empapada por un

coche que pasara a toda pastilla tras la lluvia.

Todo eso lo leyó en las líneas de mi mano (que, por cierto, muy descarriladas).

Morgue también leyó que el amor era mi mayor odio, y que mi corazón llevaba toda la vida reprimido ante mi autoritaria sobreprotección. Este tenía intenciones de presentarse en la comisión de derechos humanos para acusarme: "Soy víctima de una aberración, se cree que solo soy un órgano, yo también tengo mis necesidades".

Esa mañana salió el sol, sin embargo, yo amanecí muy nublada; Morgue siempre se prestaba para regarme las plantas y yo, a cambio, le regalaba mis oídos.

Me vio desmejorada, entró en mi cocina, abrió la nevera y me soltó: "Al igual que los alimentos, no importa la fecha de caducidad, si una persona se mete en el frío, se conserva. Sé que no eres piedra, solo estás erosionada".

Esa frase me hizo mirarme en el espejo y no querer romperlo por primera vez, me sentí satisfecha por mis ríos de sangre congelada y todos los pobres seres que murieron en medio de la hecatombe. En ese momento todas mis sombras, los telediarios trágicos, la gente tóxica, todos, gritaron al unísono:

*"Putá mortal
nos estás arruinando tus planes".*